
ECOLOGÍA POLÍTICA O POLÍTICA ECOLÓGICA*

Felipe Chao

La idea de una ecología política, de una política ecológica, de un ecologismo o de un movimiento ecológico podría parecer en principio extraña. ¿En qué momento la ecología entra al escenario político? ¿Cuándo se hace necesaria la intervención de decisiones políticas para el ámbito ecológico? ¿Es la ecología una fuerza política? ¿Por qué ecología? ¿Por qué política?

Aunque puede ser que muchas personas hayan oído hablar de ella hasta hace poco, la palabra ecología fue utilizada ya en 1866 por el profesor de zoología Ernest Haeckel, de la Universidad de Jena, para designar una parte de la biología, o mejor dicho, una subdisciplina de la zoología que trata de los seres vivos en relación con lo que los rodea, siendo el resultado de una combinación etimológica entre *oikos* (casa) y *logos* (ciencia).

La ciencia del hábitat se inauguraría con un diálogo entre el profesor alemán y el autor de *El origen de las especies*, el británico Charles Darwin. La conexión entre el pensamiento darwiniano (lucha por la vida) y la pretensión haeckeliana de concebir todo como una realidad viva, permitieron una nueva hipótesis: el equilibrio y el conflicto entre los seres vivos y su medio natural, tendería a ser el espacio para definir el proyecto vital de una sociedad entera.¹

Concibiéndola en un sentido amplio, la ecología se refiere al equilibrio de la naturaleza y en la medida en que la naturaleza incluye al hombre, esta ciencia trata básicamente de la armonización del hombre y la naturaleza. Sus principales contribuciones se relacionan con su insistencia en la interconexión de las cosas de la naturaleza dentro y a través de los ecosistemas y entre los ecosistemas, como en las cadenas alimenticias y las pirámides bióticas y en la fragilidad de los equilibrios, la integridad de varios de los ecosistemas y del ecosistema mundial, de tal modo que se pueden perturbar estos equilibrios al destruir ecosistemas, intencionalmente o no, con efectos que son nocivos para el hombre.²

El hombre es parte integrante de la naturaleza; depende de ella para vivir y desenvolverse. Sin embargo, los procesos de desarrollo económico creados por él —inde-

* Con este trabajo iniciamos la publicación de síntesis de destacadas tesis profesionales en Ciencia Política.

¹ Juan María Alpoite, *El Día*, 24 de enero de 1986.

² H. J. McCloskey, *Ética y política de la ecología*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 12.

pendientemente de sus características— implican la utilización de recursos para ser transformados en bienes y servicios. Este desarrollo involucra efectos importantes, ya que, por un lado, se cambia el ritmo y dirección de los procesos naturales afectando sistemas ecológicos y, por otro, impone sacrificios a la población en términos de pérdida de calidad del aire, agua, alimentos, que llegan a manifestarse en problemas de salud física y mental. Es claro que los desequilibrios que la sociedad ha provocado en su entorno natural tienen su origen en el ámbito económico y social y las causas últimas de los problemas ambientales se asocian a los diferentes estilos de aprovechar y usar los recursos, así como la aplicación de modelos tecnológicos derivados del modelo político y socioeconómico, siendo la destrucción de la naturaleza, más que una secuencia de errores, una parte del modelo de desarrollo.

En este momento cuando la ecología deja de tomarse como un inventario estático de recursos y pasa a construir una herramienta política esencial para identificar y cuantificar las transformaciones de la naturaleza provocadas por el acelerado ritmo de crecimiento de la sociedad moderna, de la industrialización, de la alta tecnología, del dispendio y del consumo, aportando nuevos elementos conceptuales para la búsqueda de estrategias de desarrollo alternativo del modelo político y socioeconómico.

Mientras la ecología política consiste en armonizar la relación de la humanidad con la naturaleza (y para armonizar esta relación el problema ambiental requiere de acciones que entran en conflicto con valores sociales y sistemas económicos), armonizando al mismo tiempo la relación del hombre con el hombre, apuntando así a una sociedad ecológica que supone una ecotecnología, unas ecocomunidades descentralizadas y, evidentemente, una estructura que excluya las clases sociales y la explotación, la política ecológica parte del supuesto de que por el momento el único camino para resolver los problemas ambientales tiene que pasar por las instituciones políticas existentes, y en este sentido, tratar de ver cuál es el papel del Estado, en cuanto al problema ecológico, cuál el de los partidos políticos y cuál el de la sociedad civil.

La violenta irrupción

Especialmente en las últimas décadas la problemática ecológica se convirtió en una preocupación constante en los países catalogados como industrializados y lo ha sido en menor medida entre los que conforman el vasto mundo del subdesarrollo. Términos como polución, marea negra, smog, plaguicidas, medio ambiente, erosión y otros irrumpieron con fuerza en los medios de información rodeados de tonos sombríos y alarmistas.

Hasta fines de los años sesenta la ecología no es conocida por el gran público, su violencia irrupción proviene del carácter particularmente “anárquico” y poderoso de las economías capitalistas en el transcurso de estos años. El saqueo de los recursos naturales, el desorden de una industrialización acelerada, el incremento de la población, así como diversos deterioros en los marcos de los modos de vida, desencadenaron en Europa, en

Estados Unidos y en muchos países más, movimientos que a menudo eran universitarios en su origen.

Es alrededor de 1968 cuando se da la sensibilización ante la ecología, surgen numerosas asociaciones, grupos de estudio y defensa del medio ambiente, federaciones nacionales e internacionales de protección a la naturaleza que poco a poco aumentaron sus audiencias y la magnitud de sus acciones, poco a poco se pasó del plan testimonial al compromiso, lo que le permitió a la ecología ir abriendo una respectiva política y paralelamente un espacio para que la prensa tratara problemas relativos al medio ambiente. Pero, sin duda alguna, es la conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano en Estocolmo, en 1972, donde toma forma, ya que ésta fue la primera declaración internacional de principios relativa a la preservación del medio ambiente.

En la conferencia de Estocolmo se redujeron dos documentos finales: el primero, en donde se proclama el derecho del hombre a vivir en un ambiente de calidad, así como su responsabilidad de mejorar y proteger ese medio para las generaciones futuras, y el segundo, el Plan de Acción para el medio humano que contuvo 109 recomendaciones y que abarca desde la planificación y orientación de los asentamientos humanos, hasta aspectos educacionales, informativos, sociales y culturales de las cuestiones relativas al medio ambiente.

Quizá lo más importante de la conferencia de Estocolmo es, por una parte, la aceptación mundial del problema ambiental y, por otra, la creación del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), que tiene como objetivo diseñar programas para ser ejecutados por los organismos operacionales de las Naciones Unidas, organismos intergubernamentales y no gubernamentales y los gobiernos.

Los primeros militantes del ecologismo provienen de todos los horizontes; comités de defensa, antiguas asociaciones para protección del mundo salvaje, grupos antimilitares, grupos antinucleares. Todos ellos condenan la utilización de desfoliadores, las pruebas nucleares, la caza de ballenas, la influencia de sociedades multinacionales, la explotación del Tercer Mundo. Todos aportan testimonios sobre la destrucción de lugares, animales, culturas, seres humanos. Todos estiman que es urgente reaccionar a pesar o en contra de las potencias y un mismo sentimiento une a este mundo cosmopolita: la defensa del medio ambiente.

El ecologismo se nos presenta como un movimiento naciente, en donde su juventud se refleja en un pensamiento políticamente ambiguo que recupera ciertas ideas anarquistas y libertarias en concepciones nuevas. Un sector del movimiento más conservador se limita a hablar de la escasez de recursos, del hambre en el mundo, la contaminación, la catástrofe, y un sector más libertario mantiene un discurso extremadamente contestatario: hay que destruir todas las centrales nucleares, todos a la lucha, etcétera. Sin embargo, en conjunto, el movimiento ecologista se presenta como una profunda crítica a los sistemas económicos y sociales y pretende encontrar la cara humanista del capitalismo.

Ecología y Estado

Una gran parte del problema político ecológico consiste en lograr que los Estados cumplan con sus responsabilidades ambientales, considerando que la mayoría de éstos contribuyen al agotamiento de los recursos, a la producción y autorización de formas peligrosas de contaminación, al abuso de conocimientos aportados por la ciencia y a los poderes ofrecidos por la tecnología, así como a poner en peligro las especies y provocar la pérdida de las tierras silvestres.³

Al interior del movimiento ecologista prevalecen dos hipótesis:

a) Los problemas ecológicos son de tal gravedad que sólo a través de un Estado totalitario se podrían solventar,

b) Sólo en un marco democrático que permita al individuo hacer pleno uso de sus libertades se entenderá el valor intrínseco de la naturaleza y su respeto.

Los simpatizantes de la teoría del totalitarismo ecológico, afirman que los Estados democráticos existentes son inadecuados para enfrentar los urgentes problemas ecológicos, ya que las reformas necesarias no serían muy bien recibidas y de hecho pueden ser muy impopulares para un electorado democrático. Su desconfianza en la democracia se relaciona con la creencia de que se necesita, debido a la gravedad de los problemas, de una acción rápida y decisiva y las democracias no parecen prestarse a una acción rápida, decisiva e impopular. Los partidarios del totalitarismo ecológico nos dicen que debemos olvidarnos y abandonar toda preocupación por valores tales como la justicia, el respeto a las personas y los derechos humanos, sobre la base de que la crisis ecológica es tan grande y crítica que sólo podrían triunfar las más drásticas y desesperadas medidas; que las democracias se basan en intereses egoístas y en la reconciliación o el compromiso de choques de intereses cuando es claro que las reformas ecológicas exigen cada vez más visión y una preocupación que vaya más allá de los intereses de clase; por tanto, la solución debe buscarse por medio de organizaciones políticas totalitarias, de un totalitarismo ecológico y de élites gobernantes de la ecología.

A su vez, los simpatizantes de la ecología democrática señalan que las democracias son capaces de adoptar medidas rápidas, decisivas e impopulares, cuando hay evidente necesidad de ellas, como lo hacen en caso de guerra, que es en las democracias en donde se han presentado más cambios en cuestiones ecológicas —mucho más que en los Estados totalitarios— cuando los hechos han sido claros y se hace evidente la necesidad de una acción pronta. Muchas de las medidas ecológicas importantes se están aplicando en las democracias porque se permite la discusión libre, la diseminación de la información, la agitación en pro de reformas y protestas cuando no se materializan las reformas. Es en los países democráticos, subrayan, donde el gobierno acosado por la prensa y la sociedad civil (porque existen las condiciones estrictas de libertades políticas y garantías jurídicas

³ H. J. McCloskey, *op. cit.*

para asegurar su existencia) atendiendo a su conciencia y preocupación creciente y profunda por cuestiones ecológicas donde son expuestos y revelados los problemas. Aun si se mostrara que podrían confiarse con seguridad medidas ecológicas a un Estado totalitario, quedaría en pie el problema de lograr implantar la apropiada dictadura ecológica y evitar que ese totalitarismo ecológico se convirtiera en eco-fascismo.

Como quiera que sea, es claro que no basta simplemente confiar en que el Estado haga lo que los teóricos políticos de la ecología le digan que debe de hacerse, ya que ambas teorías tienen adeptos, los problemas políticos incluyan a la vez la determinación de lo que debe hacerse y la invención de la maquinaria política apropiada para hacer lo que se tiene que hacer. En este sentido, y entendiendo por Estado el conjunto de instituciones encargadas de la toma de decisiones, es erróneo que un Estado emplee sus facultades de coacción para la conservación, pero es legítimo que el Estado la favorezca por medios no coactivos, es decir, por medio de la educación, propaganda mediante el uso de fondos recabados por impuestos para financiar estas medidas no coercitivas.

El Estado tiene el derecho y el deber de conservar especies y territorios cuando esto no sea contrario a los derechos humanos, pero no tiene derecho a conservar especies y territorios simplemente por la conservación misma, cuando ésta no contribuya en forma considerable al bienestar humano. El Estado debe determinar qué consideraciones justifican moralmente pasar por alto toda suposición posible en favor de la preservación y ser precavido al determinar cuándo la acción o inacción humana llega a crear el peligro de que una especie se vea amenazada. Necesitará determinar cuáles son los métodos más eficaces para lograr la conservación que sea necesaria: el uso del derecho penal, el establecimiento de organismos para la conservación, la asignación de derechos jurídicos y personalidad legal en lo que toca a fenómenos naturales, asegurando que los poderes de coalición, de ser necesarios, no sean injustamente utilizados para restringir las libertades humanas.

Si bien es cierto que por el momento cualquier acción tomada para mejorar el medio ambiente tiene casi por fuerza que pasar por las instituciones políticas existentes, estas medidas y acciones se llevarán más rápido, más efectivamente y con más libertad y respeto a la naturaleza, en el marco de un Estado democrático que en uno totalitario.

En contraposición con lo que afirman muchos... deben buscarse soluciones a los problemas ecológicos y ambientalistas sobre la base del respeto a los valores básicos y a las personas, la justicia, la honradez, la preocupación por el valor intrínseco, así como por los derechos humanos, donde lo intrínsecamente valioso incluye el placer, la felicidad, el conocimiento, la belleza y la excelencia estética.⁴

⁴ H. J. McCloskey, *op. cit.*

Ecología y partidos políticos

En la noción de partido político entran todas aquellas organizaciones de la sociedad civil que surgen en el momento en el que se reconoce teórica y prácticamente al pueblo, el derecho de participar en la gestión del poder político y que con este fin se organizan y actúan. En términos generales puede decirse que el nacimiento y el desarrollo de los partidos está vinculado al desarrollo de la democracia, es decir, a la extensión del sufragio popular y de las prerrogativas parlamentarias y al problema de la participación en el proceso de formación de las decisiones políticas por parte de clases y estratos diversos.

Habría que subrayar dos funciones importantes de los partidos: una, la función de transmisión de la demanda política, que tiene como finalidad lograr que a nivel decisorial sean tomadas en consideración ciertas exigencias y ciertas necesidades de la sociedad; y otra, que al momento de la participación en el proceso político, el partido se constituye como sujeto de acción política para actuar en el sistema con la finalidad de conquistar el poder y gobernar.

Actualmente existen partidos, organizaciones y movimientos ambientalistas en muchos lugares del mundo.⁵ En este marco, destacan lo *Die Grünen* (Los Verdes) de la República Federal Alemana y *Les Verts* de Francia, que son considerados como las fuerzas políticas más dinámicas y de más éxito en términos electorales. El origen de *Die Grünen* se encuentra en la coalición que en marzo de 1979 formaron varios grupos de ambientalistas, pacifistas y radicales para participar en el proceso electoral de 1980. Los resultados en los últimos ocho años para *Die Grünen* han sido asombrosos; en 1980 Los Verdes obtuvieron 1.5 por ciento del total nacional, para 1983 el 5.6 por ciento y en 1987 el 8.3 por ciento, que representa 3.12 millones de votantes.

De igual forma, pero en menor medida, *Les Verts* que se han venido configurando desde 1972 y que estuvo representado en las elecciones presidenciales de 1914 por el conocido profesor René Dumont y que no alcanzó a conseguir el uno por ciento de los votos emitidos, en los últimos procesos electorales a llegado ha obtener el 14 por ciento en algunos distritos de París; cedieron 860 000 votos al presidente Francois Mitterrand, en la segunda vuelta y aseguran que su membresía aumenta 10 por ciento cada año. Podríamos decir que el éxito de los partidos verdes en tan poco tiempo, radica principalmente en sus marcadas diferencias con los partidos tradicionales, de tal forma que los verdes no se apoyan ni en la figura carismática de sus líderes, ni en el exacerbamiento ideológico, ni en la manipulación de ciertos sentimientos humanos nacionales o individuales, sino por el contrario, su programa incluye un amplio abanico de reivindicaciones ambientales, pacifistas, feministas, antirracistas y lo más importante, un apego irrestricto a la

⁵ Como ejemplo podemos citar a los partidos y movimientos ecologistas de Europa Occidental, en donde registrados tenemos movimientos en: Alemania, Austria, Bélgica, Bruselas, Dinamarca, Inglaterra, Finlandia, Francia, Grecia, Italia, Irlanda, Luxemburgo, Holanda, Noruega, España, Suecia y Suiza.

democracia; esto es, su organización política está fundamentada en la autonomía y autosuficiencia de los grupos de base, lo que implica un mayor esfuerzo que se traduce en largas sesiones de discusión, un estricto control de sus representantes y garantía de que las decisiones finales son el resultado más o menos fiel de las preocupaciones y deseos de sus militantes.⁶

Los Verdes son partidos en donde coexisten numerosas corrientes, desde la más liberal y cercana a la social democracia, hasta los más radicales incluyendo socialistas, anarquistas y otros grupos. Son partidos fundados en contacto directo y permanente con las bases, sin líderes, sin vanguardias y también sin consistencia ideológica.

Pero, ¿qué pretende la ecología como partido? Hemos hablado de dos funciones principales de cualquier partido; por un lado, la de lograr que a nivel decisional sean tomadas en consideración ciertas exigencias y, por otro, tratar de actuar en el sistema con la finalidad de gobernar.

Hasta este momento los ecologistas se han ido extendiendo por todo el mundo, manifestándose en diferentes niveles y tácticas. El riesgo de quedar sometidos a un *ghetto* por las formaciones políticas clásicas, ha hecho que los ecologistas se decidieran a entrar en el juego electoral. Esta decisión no aceptada por sectores libertarios y contraculturales ha puesto, sin embargo, una dinamización importante en los objetivos y ha clarificado el mensaje de Los Verdes. Pero incluso manteniéndose al margen de la arena política, los ecologistas están logrando poner en aprietos a los gobiernos, logrando presionar para que sus exigencias sean tomadas en cuenta, en la toma de decisiones y alcanzar así la primera función de cualquier partido político.

En el segundo de los casos —la consecución del poder— de alguna forma los ecologistas contradicen sus propios principios, ya que mientras los partidos políticos tradicionales quieren el poder político, el ecologismo lo rechaza. El ecologismo pretende el cambio de civilización, persigue la salvación de un mundo injusto y contaminado, a través de la acción directa no violenta y no a través de las urnas y el triunfo electoral, entendiendo que la lucha ecológica no es un fin en sí mismo.

De esto se desprende que si bien es indiscutible que los partidos verdes con sus exigencias son ya tomados en cuenta y que el haber entrado a la lucha política ha clarificado su mensaje, los alcances que puede llegar a obtener, o ha obtenido como partido, son muy limitados. Primero porque al presionar al gobierno los partidos verdes han dado a conocer la fuerza del movimiento y hacer que los especialistas calculen las normas de descontaminación provocando la mediatización del propio movimiento. Segundo, puede crear dificultades al sistema económico y político y obligarle a cambiar; pero cuando después de haber resistido durante mucho tiempo por las buenas y por las malas, finalmente ceda porque el *impasse* ecológico se haya convertido en ineluctable,

⁶ Víctor Manuel Toledo y Monika Woldin, "Los Verdes Menos Verdes. Una Mirada al Movimiento Ecologista Alemán, Ecología", *Política/cultura*, núm. 1, primavera de 1987.

bastará con que se cancelen algunas políticas (por ejemplo la nuclear) para que gran parte del ecologismo quede también cancelado y se integre, como se han integrado muchos más.

Sociedad civil

La sociedad civil es la esfera de las relaciones entre individuos, entre grupos y entre clases sociales que se desarrollan fuera de las relaciones de poder, es decir, la sociedad civil es representada como el terreno de los conflictos económicos, ideológicos, sociales y religiosos, respecto de los cuales el Estado tiene la tarea de resolverlos ya sea mediándolos o suprimiéndolos, y es aquí, en la sociedad civil, en donde el problema ecológico posee una significación mayor de la que pueda tener, ya que indica que la sociedad civil comienza a plantear el problema de su existencia no en términos de pasividad, sino como una manifestación de una actitud real.⁷

Mientras que en los países industrializados las sociedades civiles están cada vez más fuertes en torno a los problemas ecológicos, las naciones subdesarrolladas se han convertido en el mayor cementerio de ecosistemas que existe en el mundo. Esto se debe en buena parte a que fue un lugar común la hipótesis ampliamente extendida de que el desequilibrio ecológico era algo que acontecía sólo en los países industrializados, mientras que en los subdesarrollados la naturaleza y el amor a la naturaleza (El Buen Salvaje) se conservaban intactos.

Los países en desarrollo están viendo morir sus tierras y la vieja hipótesis de que el crecimiento económico tiene por fuerza que dominar a la naturaleza para llegar a la modernización, se ha agotado. No se trata sólo de una defensa de la naturaleza, sino de una actitud crítica ante el desarrollo y, en ese marco, un panorama ecológico se convierte en proyecto político para definir un nuevo modelo de desarrollo.

Las tareas de la sociedad civil para solventar los problemas ambientales, son muy difíciles, ya que tiene que inundar el espacio de la sociedad política devolviendo al Poder Legislativo su función histórica de representarla ante el Estado y regular las actividades de éste, impidiendo todo acto que afecte seriamente a la ecología y a la vez al mismo hombre. Se trata de regular, prohibir, cancelar, proponer y alcanzar un proyecto de desarrollo económico armónico y esto trae consigo una nueva alianza entre Estado y sociedad para poder determinar, en función del mejoramiento ambiental y por tanto del mejoramiento de la población, programas alternativos de crecimiento.

La modernidad como proyecto social, como novedad y cambio permanente, parece haber agotado sus posibilidades; promesas de progreso no sólo no se han cumplido, sino que han fracasado. El proyecto social de Occidente, del mundo generalizado del superconsumismo, del progreso acelerado, de la industrialización, no ha sido capaz de

⁷ J. M. Alpoite, *Uno más Uno*, 14 de diciembre de 1982.

garantizar un reparto equitativo y en estos momentos es posible preguntarse —frente al peligro y no a las bondades del progreso— si la concepción tradicional está agotada o ha dejado de responder a nuestras expectativas sobre el proceso histórico. “Sólo una nueva historia que explique la crisis en que vivimos y pueda pensar en otras opciones de organización, será válida para las demandas de las nuevas generaciones; solamente la idea de una utopía terrenal podrá modificar la revisión del proyecto histórico y recrear la meta de una nueva sociedad más justa y más libre que apunta tanto a lo creíble como a lo deseable”.⁸ He aquí la tarea mayúscula de la sociedad civil.

La utopía posible: ecología política

En concepto “utopía” es un concepto histórico que se refiere a los proyectos de transformación social que se consideran imposibles, porque los factores subjetivos y objetivos de una determinada situación social se oponen a dicha transformación. Se consideran irrealizables porque están en contradicción con determinadas leyes científicamente comprobadas. La utopía surge en un momento de ruptura, nace del análisis de una crisis social y es la búsqueda de un orden social más justo. Hoy tenemos el nacimiento de una: el ecologismo que con sus comunas, con su ecotecnología y con su modo de vivir, nos enseña un proceso de desarrollo alternativo.

En el modo de producción actual, el mundo natural ha quedado limitado a un conjunto de recursos, área de la más desenfrenada explotación y es necesario —nos dice el ecologismo— un vuelco tan radical a todas las tendencias, un vuelco tan total que empecemos descentralizando nuestras ciudades y fundando ecocomunidades, que se adapten al ecosistema elegido.

La ecología es, fundamentalmente... un paradigma de la complejidad... una práctica obliga a la interacción de todas las formas de la vida económica, social y cultural. No se puede, en síntesis, plantearse una solución ecológica sin aceptar que, al hacerlo, se toca el sistema jurídico político y los intereses reales de un ecosistema... Lo mismo acontece con la descentralización. La descentralización del poder... es hablar por encima de otra cuestión, de la devolución o restitución a la sociedad... de las tareas que sólo en la base social encuentran su asiento no autoritario, es decir, su dimensión democrática... la indivisibilidad del proyecto ecológico y el proyecto descentralizador... existen, inexorablemente...

Hemos de comenzar por descentralizar las ciudades en comunidades ecológicas o mejor dicho en ecocomunidades, lo cual implicaría un ecosistema definible, diver-

⁸ Luis Alberto de la Garza, “Historia y Política: ¿Matrimonio o divorcio?” *Estudios Políticos*, Nueva Época, volumen 6, número 4 octubre-diciembre, 1987.

⁹ J. M. Alpoite, *El Día*, 22 de febrero de 1986.

sificado, equilibrado y armónico, que dependiera visiblemente de su entorno natural, que como medio de vida adquiriría un nuevo respeto por las interrelaciones orgánicas que lo sustentan. Hemos de replantear y perfeccionar nuestra técnica, para lograr una ecotecnología, hemos de excluir intermediarios e instalar relaciones personales directas, pero sobre todo hemos de desterrar cualquier forma de dominación, ya que a nivel ecosistema, todo desempeña un papel de igualdad en el mantenimiento de equilibrio y la integridad del todo.

La comuna es un grupo que requiere formar una nueva célula social, un célula social fundamental que debe reemplazar a la familia y que tiene una organización de base, no en el modo vertical sino de tipo horizontal, de igualdad.

Una ecotecnología que utilizará las capacidades energéticas de la naturaleza para que suministre a las comunidades productos no contaminados.

De modo posindustrial, en el sentido de suprimir radicalmente la escasez material y hacer posible una considerable reducción de los agobios del trabajo. Permitiendo, al fin, la muerte de la economía de la escasez y el advenimiento de la economía de la abundancia.¹⁰ Esta comunidad anularía la ruptura entre campo y ciudad; operaría la fusión de la industria y la agricultura. Esta comunidad y su tecnología abrirían una nueva era de relaciones de individuo a individuo y permitiría un tiempo libre, a la manera de los griegos, siendo la población capaz de dirigir los asuntos de la sociedad, prescindiendo de la mediación de burócratas y profesionales de la política, lo que a su vez permitiría que la misma sociedad fuera como un ecosistema basado en la espontaneidad y en las relaciones no jerárquicas.¹¹

El primer paso es suprimir la contradicción ciudad-campo. La comunidad administrará sus tierras conforme a sus principios ecológicos, de modo que se mantenga el equilibrio entre el medio ambiente y sus pobladores humanos. Las pequeñas comunidades deberán estar económicamente equilibradas y bien redondeadas, en parte para que hagan uso pleno de la materias primas y recursos energéticos locales, en parte también para expandir la gama de estímulos industriales y agrarios que exponen a los individuos. El presente, hoy, no puede ser comprendido y dominado a partir de la extrapolación del pasado, sino en la perspectiva del porvenir.¹²

Con la revolución agrícola (hace 10 000 años aproximadamente), el hombre se encuentra situado en un inesperado umbral. Había comenzado una vida sedentaria, una vida cultural y se pasaba de la condición de tribus a la vida de aldeas o de hordas, y uno de sus primeros problemas fue el de desarrollar principios integradores capaces de dar unidad social y cohesión moral a sus poblaciones, a fin de convertir sus estratos sociales en entidades políticas. En este sentido, las ciudades-Estado inauguran una vida plenamente urbana. De estos comienzos surgieron las grandes ciudades, los viejos modos se

¹⁰ Murray Bookchin; *Por una sociedad Ecológica*, Gustavo Gili, cap. II, 1978.

¹¹ Murray Bookchin; *op. cit.*

¹² Roger Garaud, *Crítica de la Utopía. Ideología y Utopía, El Hombre del Siglo XXI*, México, UNAM, cap. V, 1971.

fueron extinguiendo y dieron paso a nuevas complejidades sociales, que habrían de surgir mientras los pueblos se convertían en ciudades.

El hombre, al cual la acción premeditada y proyectada le permite ser entre todos los animales el único capaz de crear su propia historia, se encuentra de nuevo ante un inesperado umbral; pero a diferencia de la revolución agrícola, es la revolución termonuclear, que parece estar predestinada a "Colocar a la humanidad ante el umbral de desarrollo autocontrolado de dirección internacional de la historia, que acabará por integrar a todos los pueblos en una misma formación socio-cultural... Esta será la civilización de la humanidad".¹³ Pero la revolución termonuclear sólo cumplirá su misión cuando el pillaje industrial sea suplantado por lo que hoy se encuentra a nivel de proyectos.

La humanidad progresa, marcha hacia adelante pese a los periodos y zonas de estancamiento y circunstanciales retrocesos.

La revolución agrícola desatada hace diez mil años por unos pocos pueblos (8 000 a.C.). A esta, le siguió la revolución urbana, que maduró originalmente hace siete mil años y a la que sucedió la revolución de regadío que se expresaría en las primeras civilizaciones regionales (2 000 a.C.) cerca de tres mil años más tarde. De la revolución metalúrgica (1 000 a.C.) desencadenada dos mil años después, se pasa a la revolución pastoril (600 d.C.) que emerge pasados un mil seiscientos años. Viene a continuación la revolución mercantil (1 500) que tiene lugar novecientos años más tarde; la revolución industrial (1 800) que se distancia apenas 300 años de la anterior, y por fin la revolución termonuclear, que florece en nuestros días con un intervalo aún menor...¹⁴

De tal forma que las utopías de ayer son realidades de hoy; y las de hoy, serán las de mañana, y podemos predecir que todos los dones intelectuales y corporales tenderán a progresar hacia la perfección. No se trata de regresar a la agricultura de subsistencia ni a la autarquía de las comunas, sino de concluir la odisea que comenzó hace tres mil millones de años, en el sentido del logro pleno de la libertad y de la persona.

Nos encontramos en la encrucijada de tomar el camino que conduce a una alienación creciente del hombre, tal y como lo imaginaron Huxley y Orwell, o bien llegaremos a vivir en la utopía feliz de William Morris.

Consideraciones sobre la ecología en México

En la década de los sesenta, cuando el desbordamiento de nuestra ciudad no llegaba aún a lo monstruoso, el *Stafford Research Institute* de California estudió las nubes tóxicas

¹³ Darcy Ribeiro, *El Proceso civilizatorio*, Cuarta Parte, Textos Extemporáneos, 1982.

¹⁴ Darcy Ribeiro, *op. cit.*

que se formaban diariamente en la atmósfera capitalina. Se determinó en ese entonces, hace más de 20 años, esta pavorosa cifra: 581 toneladas de contaminantes. La monstruosa aglomeración urbana, el tránsito caótico representado por más de tres millones de vehículos, las incontables toneladas de basura que son desechadas todos los días, la novedosa inversión térmica; los más de 18 millones de habitantes del Distrito Federal; el humo inclemente de las chimeneas de las fábricas, así como la absurda multitud de toda clase de industrias concentradas en cuatro de las más importantes zonas industriales (Vallejo, Azcapotzalco, Tlalnepantla y Naucalpan), convierten en signos de muerte la convivencia humana. Los laboratorios de investigación estiman que esas factorías emiten 383 mil toneladas de partículas tóxicas, hay también 22 mil hectáreas erosionadas que aportaron 308 mil toneladas anuales de partículas de polvo asociadas con heces fecales. Los 2.9 millones de automotores aportan 4.5 millones de toneladas de partículas tóxicas al año (70 por ciento de la contaminación). De dicho total, 10 mil toneladas son de bióxido de azufre; 40 mil toneladas de monóxido de carbono; 375 mil toneladas de hidrocarburos y 233 mil de otros tóxicos. Así, los capitalinos con sólo respirar, aspiramos el veneno equivalente a fumar dos cajetillas de cigarros al día.¹⁵ Si estos datos los complementamos con que el 31 por ciento del territorio de la República Mexicana es desértico, el 36 por ciento semiárido y apenas un 33 por ciento húmedo y subhúmedo, y que de los 15 millones de hectáreas de selvas siempre verdes y de selvas medianas semidecíduas, (que pierden algún follaje en la época de secas), queda solamente un millón de hectáreas, y que cada año se deforestan aproximadamente 100 mil hectáreas de selvas, tenemos una radiografía del problema ecológico de México.

Si revisáramos el surgimiento de la ecología política en México, seguramente lo que resaltaría sería la aseveración de que en nuestro país no han faltado ni las medidas legales, ni las instituciones, ni las agrupaciones, ni la colaboración internacional, para resolver el problema ecológico, ya que existen normas ecológicas desde los años cuarenta; fundaciones de protección a la naturaleza desde la década de los cincuenta, e inclusive hubo una aceptación, por parte de México, a la sugerencia de la ONU de crear agencias gubernamentales para la protección del medio ambiente con la convocatoria a la Primera Reunión Nacional Sobre Problemas de Contaminación Ambiental, en 1973; con la creación de la Subsecretaría del Medio Ambiente, dentro de la Secretaría de Salubridad y Asistencia Pública, en 1976, y la creación de la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología, en 1982. Asimismo, la conformación de grupos ecologistas en nuestro país no es muy distinta a las experiencias que se han dado en otros países, ya que en la década de los setenta se da un periodo que podríamos llamar de formación y en los ochenta de actuación. Sin embargo, la ciudad de México es la más contaminada del mundo¹⁶

¹⁵ Cifras emitidas por el Movimiento Ecologista Mexicano.

¹⁶ Un buen estudio sobre la ecología política en México, se encuentra en la tesis que para obtener el título de licenciada en Ciencias Políticas y Administración Pública, de la Universidad Iberoamericana, presentó Adriana Sofía Josefina Cabrera Rey "Las agrupaciones ecológicas y sus perspectivas políticas", 1988.

El punto de partida de la ecología política en México inicia con la campaña presidencial para el sexenio 1982-1988, cuando el Partido Socialista Unificado de México (PSUM), comienza su actividad electoral expresando que la ecología se presenta en la arena política como una fuerza alternativa. A este súbito interés ecológico del PSUM, respondió el Partido Revolucionario Institucional (PRI) con un interés semejante, y el 13 de febrero de 1982, en Ciudad del Carmen, Campeche, en el "Foro de Consulta Popular Sobre Medio Ambiente y Calidad de Vida", el entonces candidato Miguel de la Madrid Hurtado señaló que "el problema ecológico, se ha convertido en demanda política". Al foro priísta sobre ecología respondería el "Foro de Ecología y Recursos Naturales", abierto por el PSUM. Las diferencias en sus discursos son naturales, ya que mientras el PSUM trataba de demostrar que el imperialismo económico y el capitalismo son los causantes principales de la depredación de la naturaleza, el discurso del PRI se inclina por considerar en primer lugar a la contaminación y, sin enjuiciar el sistema de producción, desviar al atención hacia al responsabilidad del ciudadano.

Actualmente existen más de 170 agrupaciones, asociaciones, movimientos, grupos, clubes, en nuestro país ligados con la problemática ambiental. De todos estos grupos, son tres los que de alguna manera encabezan el ecologismo en México: el Movimiento Ecologista Mexicano, el Pacto de Grupos Ecologistas y el Grupo de los Cien. El Movimiento Ecologista Mexicano, A.C., es fundado el 13 de diciembre de 1981 por el arquitecto Alfonso Ciprés Villarreal; se constituye como la primera organización ecológica de ámbito nacional, que desarrolla una labor de información y de denuncia ante las autoridades a través de su representación en la capital de sus clubes en los estados. Ha llegado a ser una de las más importantes agrupaciones ecológicas y, contrariamente a lo que se cree, su surgimiento no fue espontáneo, sino planteado "desde arriba" por Ciprés Villarreal y sus colaboradores.

Declarado como "apartidista", el Movimiento Ecologista Mexicano se presenta como una organización dirigida a las clases medias de la nación y pretende erigirse como el interlocutor que presenta demandas ecológicas específicas al gobierno. La forma de su integración, teniendo como base social un gran número de clubes en todo el territorio nacional, hacen del MEM algo más que un instrumento.

Por su parte, el Grupo de los Cien se funda el primero de marzo de 1985 a iniciativa del poeta Homero Aridjis, quien desde sus inicios lo dirige. Formado por intelectuales y artistas, este grupo repite un patrón ya existente en otros países, dándole a la ecología un toque de intelectualidad. El Grupo de los Cien se ha convertido rápidamente en una organización importante por la gran audiencia que ha tenido en la prensa, y por lo cáustico en sus actos de denuncia ante las autoridades.

En el año de 1986, el 29 de julio, se formaliza el "Pacto de Grupos Ecologistas" firmado por veintiún grupos.

No todos los grupos ecologistas están en el pacto, pero éste ha absorbido la mayor parte de las acciones ecologistas al comprometer a asociaciones y agrupaciones a actuar en defensa de los recursos naturales de la nación, y en la búsqueda de una sociedad más

justa en armonía con la naturaleza. El Pacto, al reconocer que en México el deterioro de la calidad de vida ha surgido asociado al estilo de desarrollo predominante, sostiene que las causas, consecuencias y tratamiento se deben integrar estrechamente con la realidad económica, ecológica, social y política de nuestro país; por lo tanto, este pacto provee al ecologismo mexicano de la conciencia de que los problemas ambientales tienen una raíz económica.

Por último, el 20 de mayo de 1987, comienza a editarse la revista *Ecología Política-Cultura*, publicación trimestral cuyo primer número declara la independencia económica de sus editores respecto de cualquier partido político, Secretaría de Estado o personas, confirmando así su independencia de criterio.

Podríamos afirmar que en nuestro país existe una lucha paralela; por un lado, los sectores medios urbanos se limitan a reproducir el mismo discurso contra la contaminación, la sobrepoblación, la destrucción de parques, lagunas y el peligro de uso de la energía nuclear; por otro, las luchas populares, como las indigenistas en Oaxaca y Michoacán en defensa de los recursos forestales, luchas campesinas por el agua en Puebla y el estado de México, contra la contaminación por petróleo en Tabasco, etcétera. En donde se muestra con toda nitidez la existencia de dos tipos de lucha, siendo el movimiento en su generalidad confuso, místico y políticamente inmaduro. Sus planteamientos son sentimentales e intervienen en asuntos políticos lanzando ataques contra el Estado, y olvidando que el origen real de los problemas ecológicos es el modo de producción actual.

Lograr un ambiente sano impone sacrificios, costos y precios que hay que pagar. Todos queremos la preservación del medio ambiente, pero pocos están dispuestos a pagar el precio para lograrlo. No es con letreros en las bardas como se va a detener el envenenamiento por gasolinas, ni con las quejas de las sociedades protectoras de animales se va a evitar que un cazador ansioso elimine al último ejemplar de una especie; no es con consignas y marchas como se cierra una planta nuclear, ni con alianzas entre gobierno y grupos ecologistas como se logrará sanear el ambiente.

Muchos convienen en que hay que sacar del área metropolitana las industrias más contaminantes; pero: ¿lo quieren los obreros que en ellas trabajan; los empresarios que con ellas enriquecen; el fisco que con ellas se medio empareja? Todos coincidimos en que uno de los problemas más serios en nuestra capital son los automóviles.

Pero ¿cuántos conductores estarían de acuerdo en dejar estacionados sus vehículos voluntariamente uno o dos días a la semana? Habría que preguntar a las amas de casa, arquitectos, ingenieros, médicos, biólogos, veterinarios, agrónomos, administradores, abogados, todos ellos ecologistas, si están dispuestos a cambiar su *status* social por aire puro, agua cristalina y hermosas flores. O bien si pueden dejar de lado sus lujos para vivir en pequeñas comunas; si pueden abolir de su mentalidad el concepto de propiedad, autoridad, jerarquía, represión, restricción e implantar el de igualdad y comunión; si están dispuestos a dejar su moral y darse a la tarea de inventar una totalmente nueva. Creo que la respuesta todos la conocemos.

En realidad, los reclamos y exigencias del movimiento ecologista en este nuestro Tercer Mundo, sólo han servido para ser utilizados y desviar la atención de los problemas que realmente asfixian.

De continuar por ese camino, el movimiento se convertirá en un fuerte aliado de la derecha nacional, ya que sus reclamos siempre se encauzan hacia el Estado y casi nunca a las grandes industrias transnacionales.

Mientras los grupos ecologistas no superen la vulgaridad que los ha formado, seguirán siendo utilizados por aprovechadores del miedo general, que piensan llegar por la vía ecológica a algún puesto oficial. Mientras no consigan el mínimo de conciencia política y sepan que el ecologismo no consiste sólo en aire puro, zonas verdes y bellas montañas, sino en una nueva concepción del mundo y de la vida, este movimiento será ridiculizado, mediatizado, cooptado por secretarías de Estado y satanizado por altos funcionarios gubernamentales.

A manera de conclusión

A principios de los noventa la situación del movimiento ecologista, desde un punto de vista ideológico y táctico, parece confusa, lo cual no quiere decir que semejante coyuntura no pueda ser dentro de poco superada, y en palabras de Edward Golsmith: "están llamados a convertirse en una fuerza intelectual y política importante, con la que habrá que contar de ahora en adelante".

En los próximos años el movimiento irá tomando cuerpo en las respectivas nacionalidades, adaptándose a la realidad social y política y ajustando sus estrategias a la misma. En cualquier caso, los ecologistas deberán encontrar la fórmula para superar el estancamiento, enfrentándose con las grandes opciones del futuro; participando o no en el juego político clásico, puesta en práctica de alternativas, incidencia en la sociedad civil, en los sindicatos y en el movimiento popular.

Su fuerza consiste en que están presentes en todas partes para punjir al enemigo y en este sentido el movimiento ecologista se ha convertido en la expresión de la sociedad civil contra la supremacía y el monopolio del Estado. Su debilidad es que es un movimiento difuso y no puede luchar en el mismo terreno que las organizaciones estructurales y estructuradas como son los partidos políticos.

El movimiento ecologista es una abundancia de grupos y asociaciones autónomas que tienden cada una a preservar sus especificidades y sus iniciativas, marcando opciones técnicas, económicas, políticas y sociales desde una óptica resueltamente autogestionaria y ha encontrado la horma de sus zapatos en la comuna, puesto que es la escala ideal para poner en práctica las aspiraciones autogestionarias. Pero esta utopía modernizada es poco precisa para convertirse en un proyecto de sociedad. Los parlamentos occidentales se ven sorprendidos por el creciente auge de los movimientos sociales, mientras se acentúa el abstencionismo electoral. La ecología y el movimiento sociopolítico a que ha dado origen intenta resolver todos los graves problemas con los que tenemos que enfrentarnos de una

forma global, abordándolos en su interdependencia. Los ecologistas aparecen en todas partes, surgen en los lugares más insólitos dispuestos a salvar lo insalvable, creando una nueva forma de hacer política, acercándola a la vida cotidiana.

Pero no hay que mitificar el movimiento. Nos encontramos ante un premovimiento social desorganizado, ahogado por pequeñas luchas internas, succionado por los partidos políticos y con graves dificultades para expresarse a nivel táctico y estratégico. El catastrofismo caricaturesco de los primeros militantes que anunciaban el fin del mundo o la llegada del mejor de los mundos, ha sido suficiente para reducirlos.

El movimiento ha evolucionado, pero no por escisión, sino por partos sucesivos y ha tenido que afirmar su independencia a las fuerzas tradicionales, y si bien es cierto que el movimiento es portador de una nueva estructura política y su intervención en el campo político ha permitido en un primer momento favorecer cierta toma de conciencia y popularizar las ideas más marginadas por la cultura ambiente, es igualmente cierto que se ha ocultado el análisis profundo, reduciendo casi todo a discursos adornados pero vacíos de perspectivas.

Para que la ecología se convierta en una verdadera fuerza política, se necesita de una doble confluencia teórica y política de los actores sociales que actúan separadamente, confluencia que implica la creación de una moderna teoría ecológica con la economía política y que ésta sea avalada por la convergencia política de los movimientos verdes.